

ESTADO, POLITICA Y CULTURA

Comentario a la exposición del profesor Alessandro Campi.

por JAIME ANTUNEZ ALDUNATE*

Nos ha señalado el profesor Campi en su exposición, que el conservantismo, en su opinión, es esencialmente una metodología, un sinónimo de realismo, de antiutopismo, de rechazo de los esquemas del pensamiento ideológico, de acento en la observación empírica.

Acaso sean, los elementos antagónicos a esas características del conservantismo que nos señala Alessandro Campi —esto es, el utopismo, el ideologismo y la demagogia— precisamente factores claves de la crisis del Estado, en cuyo contexto sitúa su análisis, principalmente el del caso italiano, aunque no exclusivamente.

Reportándonos al pensamiento del Profesor Julien Freund, cuyas exposiciones en esta misma aula tan gratos recuerdos nos hacen revivir hasta hoy, no podría descartarse que en el fluir de esta crisis, un nuevo tipo de unidad política venga a reemplazar al Estado moderno, sin que ello suponga necesariamente un desastre. “Desde siempre los hombres se han dado en las diversas épocas de la historia, instituciones, en lo posible conformes a sus condiciones de vida, aunque algunas hayan sido más adecuadas que otras”, señala Freund. Y añade —coincidiendo en esto con Carl Schmitt— que desde luego, “la crisis del Estado no es una crisis de la política”. Al contrario, “toda la historia, desde hace dos siglos, demuestra que son los que preconizan la desaparición del Estado quienes hacen justamente más política, llegando incluso a subordinar a ésta, la economía, el arte, la ciencia o la pedagogía”.

*JAIME ANTUNEZ ALDUNATE; Redactor del Diario El Mercurio, Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

Conservantismo y liberalismo

Destaco aquí la referencia que el profesor Campi hace al pensamiento de su compatriota Norberto Bobbio —otro ilustre visitante de las aulas universitarias chilenas— como uno de los representantes de aquello que en su país visualiza en cuanto conservantismo auténtico, en el ámbito de la ciencia política. Con Bobbio, estamos indudablemente, de lleno en el pensamiento liberal.

He aquí pues una primera cuestión que conviene discutir, en cuanto a la índole de la actitud conservadora o neo-conservadora, que el profesor Campi nos acabó de definir, repitámoslo, como una actitud realista, antiutopista, de rechazo a los esquemas ideológicos y empírica. ¿Se aviene ella con el liberalismo, o con lo que hoy se denomina neo-liberalismo?

Durante mucho tiempo —en el siglo XIX, sobre todo— ha habido una oposición casi frontal entre el pensamiento liberal y el pensamiento conservador, que asumió las características de una pugna religiosa, siendo entonces el pensamiento conservador sinónimo del católico. Esta lucha, parece entre tanto, hoy día superada.

En efecto, si hablamos de liberalismo en la economía, por ejemplo, estamos hablando de una restricción en cuanto a la intervención del Estado, de una reducción en las cargas tributarias demasiado onerosas para el dinamismo de la empresa, de la libre competencia, del libre intercambio, del recurso a la iniciativa individual y de un sin número de valores afines tan antiguos como el hombre, puestos en entredicho desde la década del veinte hasta hoy por ideologías que dicen representar la vanguardia histórica de la modernidad y el progreso, aunque empíricamente nunca hayan podido demostrar ni que son modernas ni que aportan progreso.

Frente a ello, la presencia y el actuar de un espíritu conservador de los valores fundamentales de la civilización occidental, parece que debería ser la vía del literalismo. Gracias a esa actitud conservadora no se perderá la memoria histórica de hechos y

principios con los cuales se engrandeció el pasado y se puede alumbrar el futuro, como lo explicaba ayer tan brillantemente don Gonzalo Fernández De La Mora. Gracias al talante liberal existirá siempre la capacidad — como la ha existido en tantos lugares y situaciones frente a la omnipresencia de un Estado ideologizado, sobre todo hasta la década del setenta— para proclamar y hacer respetar esos valores básicos de nuestra civilización.

Crisis de la síntesis estatal y fin de la hegemonía cultural de Europa

El profesor Campi trae a colación el pensamiento de Carl Schmitt en cuanto hace notar que es con el primer conflicto mundial de este siglo, cuando entra en crisis la síntesis estatal. Posteriormente, añade que en su opinión “la ‘caída’ conceptual y efectivamente histórico-institucional del Estado, equivale seguramente al final de la hegemonía intelectual de Europa, al agotamiento irremediable de su acción directiva en el contexto de la cultura y de la política mundiales”, frente a lo cual, sin embargo, no se muestra del todo pesimista, actitud, como veremos al terminar, en la que no falta razón.

Efectivamente, las dos Guerras Mundiales de este siglo, que en el fondo han sido una sola guerra, con un lapso conflictivo de veinte años de paz, han constituido una suerte de suicidio para Europa, hasta antes de eso, modelo vivo de nuestra civilización occidental.

Es necesario destacar, que a pesar del oscurísimo panorama que el Viejo Continente ofrecía a la fecha de 1946, Europa económicamente se ha recuperado, llegando incluso a ser hoy significativamente más de lo que fuera otrora.

No obstante, esa recuperación no se ha dado nunca más en lo político, terreno en el cual durante 500 años fuera el escenario en que se determinó el rumbo del mundo. Y la razón no parece ser otra que una de carácter cultural, pues Europa, antes que una creación militar, política o económica, fue una creación cultural.

Nos lo dice en términos muy gráficos e interpelantes, el gran historiador británico Paul Johnson: “Si tomamos, por ejemplo, el comienzo del siglo XIX, época durante la cual Europa se expandía gradualmente en todo el mundo, con Gran Bretaña a la cabeza, con su expansivo imperio comercial, político y naval, podemos comprobar que la educación de los jóvenes de la clase dominante en Winchester, Eton y Harrow, consistía en aprender la Biblia y los clásicos griegos y latinos casi exclusivamente, como elementos básicos de la cultura europea. (...) Esa era la esencia de la cultura europea”. Ahora bien —añade Johnson— “ambas fuerzas han sufrido una espantosa derrota en el siglo XX, especialmente en los últimos 30 o 40 años, con posterioridad a la guerra, en que han sido desvalorizadas, subestimadas y deterioradas, con el consiguiente debilitamiento de la confianza en la cultura europea”.

La crisis de la hegemonía intelectual de Europa, puede entonces coincidir con los conflictos mundiales de este siglo y con la crisis de la síntesis estatal. Pero arranca de motivos más hondos como son los de índole cultural.

En tal sentido, es preciso decir que una de las características de este paulatino proceso de desculturización, ha consistido en la sustitución de la realidad absoluta por la realidad relativa, fenómeno que ha caracterizado al siglo XX. La decadencia de las creencias y de la Fe religiosa, ha dejado un vacío que ha sido llenado por las inquietudes contingentes, fenómeno psicológico que se observa a diario en todo Occidente, y que resulta particularmente contrastante cuando se puede apreciar en diversas y frecuentes actitudes de algunos eclesiásticos.

Nos lo dice también de modo muy clarificante Paul Johnson: “Hay un vacío moral en la vida de las personas y ese vacío tiende a llenarse con la política, con criterios políticos, con pautas morales de tipo político. Este es uno de los hechos más importantes del siglo XX, la medida en que la pasión religiosa se ha convertido en pasión política”.

¿Cómo negar que también las expresiones de divinización del Estado, que han dado vida a los totalitarismos del siglo XX,

no responden en último término a una suerte de pasión religiosa desviada de su fin natural?

Lo que nos enseña el universo itálico contemporáneo

Recorriendo el espacio geográfico europeo desde las islas británicas hasta la península Itálica, muchos ejemplos podrían corroborar lo que acabamos de señalar como fenómeno dominante en la vida política europea contemporánea.

Veamos cómo ello se confirma también en Italia, contexto al que fundamentalmente se ciñe al análisis del profesor Campi. En la Italia unificada y moderna irrumpen ya a fines del siglo pasado los mismos problemas que en el resto de Europa, con las características propias que da al proceso, el hecho de ser Roma la sede del catolicismo.

Allí también tiene lugar, en las primeras décadas de este siglo, la formulación de un nuevo esquema doctrinal marxista, elaborado por Antonio Gramsci, que supondrá un desafío de fondo para la cultura italiana y europea.

El problema que Gramsci va a plantearse es el siguiente: “Cómo implantar el comunismo en un país desarrollado, donde la clase media es muy amplia, donde **no** hay oposición frontal de proletarios y capitalistas, donde existe homogeneidad no sólo en lo social y en lo económico, sino que prevalece también un patrimonio de creencias comunes que atraviesa todas las clases sociales”. Se ve que en tal situación no hay posibilidad de instaurar el marxismo por la vía violenta —la revolución en la estructura según Marx— y se busca por tanto una estrategia a largo plazo inserta en el esquema democrático, que pueda lograrlo. Para ello es necesario primero modificar la mentalidad, cambiando la cultura del pueblo, suprimiendo desde luego toda creencia en un orden trascendente. Alcanzado el dominio ideológico por el marxismo, entonces será posible que se instaure el poder revolucionario. Dicho así en palabras muy sencillas, en esta inversión de la relación entre estructura y supe-

reestructura se encuentra la originalidad de Gramsci respecto del marxismo-leninismo.(1)

No debe pensarse que se trata en este caso de un desafío cualquiera, traído a cuenta simplemente por ser el marxismo una de las expresiones ideológicas que más han dado que hablar en este siglo, hasta nuestros días. La verdad es que el gramscismo aparece —y no sólo en Italia, sino que a través de todas sus expresiones en otros países de Europa y Occidente, puestas en uso no únicamente a través de partidos comunistas, sino que también de varias formulaciones congéneres— como la etapa más radical de un proceso inmanentista y secularista, “cuya revolución no mira principalmente a cambiar las relaciones sociales o económicas dentro de la sociedad, sino que mira a establecer un nuevo tipo de hombre que ha afirmado su liberación definitiva”. Es una vía —conocida luego como eurocomunismo— en la que “el poder, más que en la economía o en la racionalización de la sociedad, se ejerce en el ámbito de la consolidación de una cultura. En esa cultura el elemento antimetafísico y ateo se une con la promesa de la liberación total. Y como en esta promesa concurren también aquellos gérmenes de la cultura radical-burguesa, que el gramscismo ha aprovechado para la creación de su propia hegemonía, se sigue de esto que allí confluyen, por un lado, el aspecto más delétere de la cultura occidental, lo que ha producido su disolución; y por otro lo peor de la cultura marxista”(2).

Las consecuencias que este embate cultural ha traído en Italia no difieren mayormente de su manifestación en otros lugares de Europa.

Veamos entre tanto cómo nos describe su desarrollo en la propia Italia el catedrático de la Universidad de Roma y senador de la Democracia Cristiana italiana, profesor Augusto del Noce, al referirse en 1976 a los 30 últimos años de la vida política en aquel país:

(1) Ver Flavio Capucci, “El Mercurio” 18.5.86.

(2) *Ibidem*

“¿Cuál es el aspecto singular, totalmente nuevo, totalmente desconcertante, de este período histórico? El partido de la DC ha estado durante 30 años en el gobierno de la nación italiana; es decir, durante un período excepcionalmente largo, ha estado en el gobierno el partido que tiene su origen en el designio ideal de León XIII de reconquista cultural católica y política del mundo, cosa que, de no hacerse, traería consigo el suicidio civil, el ocaso de Occidente. Ahora bien: en este período, con un ritmo cada vez más acentuado, ha sucedido también la mayor persecución cultural que el catolicismo haya jamás sufrido en Italia (...) Quiero decir, la mayor obra de descristianización (...) Todo ha ocurrido como si obedeciese a un plan preestablecido: el de humillar de tal modo al laicado católico que fuese inducido —en nombre de la democracia— a convertirse en custodio de esa obra de descristianización, en instrumento apto para asegurar la máxima legalidad, de modo que esa obra pudiera realizarse. Una obra que parte desde abajo, que se insinúa a través de valorizaciones que pueden ser oídas por la gente común sin sospechar nada, porque son propuestas independientemente de las primeras premisas de las que se fundan. No es el caso de hablar de operaciones secretas. Hay que reconocer que los adversarios del catolicismo han jugado con cartas descubiertas; han revelado su finalidad de secularización total de Italia y el plan para llevar eso a cabo, y esto desde los primerísimos años de la postguerra. Con una precisión milimétrica han hecho pública esa tesis: tanto los marxistas como los radicales. Digamos que la culpa es de los católicos, por no haber escuchado con la debida atención sus palabras”(3).

Es verdad que las fuerzas que impulsan esa obra de destrucción de valores occidentales, no tienen hoy a su haber la misma mística e idealismo que las asistiera en la época de la postguerra y hasta hace diez años atrás. Ello parece ser así en Europa. No estamos seguros que lo sea en Latinoamérica y otros continentes, donde sí parece persistir aquel impulso demoleedor de connotaciones mesiánicas.

En cualquier caso, en las palabras de Augusto del Noce están registrados los resultados de un proceso cultural que

(3) Augusto del Noce. "I Cattolici e l' eurocomunismo. en Studi Cattolici junio 1976 pp. 349-350.

condiciona a fondo el quehacer político en Italia, cuyos reflejos son fáciles de percibir en otros lugares de Europa.

Los políticos de Occidente no se han dado cuenta de la verdadera naturaleza de su adversario. Retomando el caso italiano, puede decirse que han respondido únicamente allí donde luchaba el leninismo, es decir, en la estructura económica. Han confiado en la filosofía del bienestar como alternativa, y sin observar lo que estaba siendo puesto en juego, han renunciado a elaborar una filosofía política propia. Han dedicado sus esfuerzos a la economía y han dejado el campo libre en los lugares de elaboración y difusión de la cultura: desde la Escuela hasta la Universidad —donde se forman los cuadros intelectuales— y, gradualmente, en todos los mass-media, plasmadores de la cultura popular. Los marxistas, por tanto, no sólo han tenido a su disposición todos los medios necesarios para la propia penetración cultural, sino que se han encontrado con que podían actuar en un terreno que el adversario había dejado vacío, al retirarse a las cómodas playas de la promoción del progreso material.

Recapitulación

Resumiendo, hemos considerado las características de un proceso cultural, sobre todo europeo, que condiciona al fenómeno político, y que resulta la explicación última de la crisis que puede observarse en el Estado moderno.

Sin pretender ahondar en las diferencias y similitudes que su desarrollo ofrece con otras partes del mundo, nos hemos detenido en lo que nos parece la proyección de ese fenómeno en Italia, en sus rasgos más relevantes. Esto es, la gradual desintegración del cuadro cultural occidental y cristiano por parte de quienes se proponían a través de un sistema enteramente original —como es el de Gramsci— suprimirlo, con las repercusiones políticas que de ello podían esperarse. En otras palabras, el cumplimiento de la profecía del mismo Gramsci, en el sentido de que el Partido Popular, futura DCI —en el que él anteveía con mucha intuición las características de este eclipse del cual hemos hablado— representaría el suicidio del catolicismo en favor del comunismo.

Frente al resultado aún definido de ese proceso, señalábamos antes, que el profesor Campi no se muestra del todo pesimista. Creo, repito, que le asiste alguna razón, sobre todo si se observa hasta qué punto cunde el cansancio con situaciones que diez años atrás nos parecían inamovibles. Hasta entonces un sociologismo que comienza a tornarse anacrónico se empeñaba en excluir al hombre de toda existencia que no fuese colectiva. Para el estructuralismo como para el marxismo, sólo pesaban los conglomerados: clases sociales, clases de edad, clases políticas, categorías socio profesionales, etc. Lo singular desaparecía bajo el glaciar de las entidades: ya no había hijos rebeldes, sino un “conflicto de generaciones”; se acababan las riñas por celos o por vanidad, sólo quedaba el “fenómeno social”. Era la omnipotencia del anonimato, el triunfo de lo impersonal.

De entonces a esta parte, es indudable en Europa, Estados Unidos, y Occidente en general, el paulatino redescubrimiento, digamos incluso, la reconquista de los valores humanos personales, que son los únicos que pueden proporcionar una base sustentable a la cultura, sobre la cual surjan estructuras y fórmulas políticas sanas.

Un buen augurio para el método conservador, respetuosos de las peculiaridades, antidogmático y contrario a la excesiva intromisión de los entes anónimos.